

RESQUEBRAJAMIENTO

Diego S. López Burgos



Su paz mental apenas duró media hora antes de que Adam la descubriera en su escondite. Irritada, se levantó de la cama y empezó a cerrarle la puerta en la cara sin dirigirle palabra alguna. Los labios de Adam se movieron, pero la voz de Kanny García procedente de sus audífonos superaba cualquier sonido ajeno a su burbuja. Adam puso las manos en la puerta para evitar que se cerrara. Forcejearon por un momento —le sorprendió que su hermanito ya casi pudiera igualar su fuerza— hasta que Adam consiguió meter un pie por la abertura. Su cara sonriente parecía la de un monito travieso.

—¿Qué, qué quieres? ¡Por Dios! —dijo ella, quitándose un audífono.

—¿Qué haces, Nani? Mami nos ha dicho que no estemos mucho tiempo adentro.

—Na que te importe —le contestó.

—Se lo voy a decir a mami— dijo su hermano con una sonrisa mellada.

Casi se le aguaron los ojos con rabia y estuvo a punto de darle un puño; sin embargo, solo lo agarró por la camisa.

—No te pongas con cosas, Am —le dijo entredientes.

Su agresividad no turbó a Adam.

—¿Quieres jugar Minecraft?

—No.

—¿Fortnite?

—No.

—Eh... Escondite, ¿vamos?

—Salte pa fuera, Adam.

La voz estruendosa de su padre la salvó de tener que seguir rechazando las propuestas de Adam.

—¡Hombre! —exclamó magníficamente— deja a Adrianis quieta.

—Ay sí, papi, sácalo de aquí.

—¡Pero mami dijo que no quería que estuviéramos adentro! —protestó Adam.

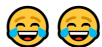
Toti titubeó por un momento. Se rio para disimularlo.

—Bueno, pero Adrianis sabe qué hacer si pasa algo, y tú sabes que tu mamá exagera la nota un poquito a veces. Vente, hombre, vamos pa fuera.

Adam lo miró con una expresión vacía y lo siguió como un soldadito, dejando a Adrianis sola nuevamente. Ella miró la puerta y consideró cerrarla para evitar futuras interrupciones, pero decidió respetar al menos uno de los deseos de su madre y dejarla abierta. Se tiró en la cama y volvió al chat de WhatsApp de Sofía.

Sorry, am se metio en mi cuarto

2:13 ✓✓



2:14

q chulo

2:14

Ay si pero jode cc

2:14 ✓✓



pues

2:16

q haces

2:17

??

2:17

Ps iba a practicar flauta pero no quiero q mami sepa q estoy en mi cuarto

2:17 ✓✓

sigue histérica?

2:18

Bc

2:19 ✓✓

Pero env la entiendo

2:19 ✓✓

Su mama tiene covid

2:21 ✓✓

😬😬😬 queeeeeee
2:21

Si 😭
2:22 ✓✓

Cbbbbbb
2:22

Ay sí 😞 es horrible
2:23 ✓✓

Sofía pareció dudar en cuanto a cómo responder. La barra de estatus bajo su nombre (Sofi 🐱👧🔥) alternó entre “en línea” y “está escribiendo...” varias veces, hasta que hubo una pausa prolongada que hizo a Adrianis pensar que tal vez nada de eso le importaba a su amiga y que había dicho demasiado y que estaba haciendo un show como su madre, lo que la molestó porque no quería terminar como ella. Se frustró tanto que bloqueó el teléfono y lo dejó caer en la cama, pero rebotó y voló por el aire por unos segundos de espanto antes de caer ileso sobre un cojín que tenía en el piso. Suspiró y se acostó a mirar el techo.

Una grieta grande corría desde encima del marco de la puerta hasta la ventana que daba hacia el patio. Era nueva. El ingeniero había dicho que estaba en el empañetado y que no había que preocuparse por ella, pero era parte del porqué su madre no quería que estuviera mucho tiempo ahí dentro. Adrianis la miraba y recordaba el peligro al que se estaba exponiendo —ninguna de las casas de sus vecinos seguía de pie— pero, por alguna razón, no le importaba. O más bien, sí le importaba, pero el miedo que le causaba era agradable. Ya se había acostumbrado a él y en cierto modo la reconfortaba; era una especie de ancla en la vorágine que había sido el año hasta el momento.

A unas pulgadas de la grieta, había una mancha en forma de estrella en el techo, el rastro de pega prieta que queda cuando algo ha estado adherido a una superficie por años. Adrianis no se había fijado en ella en mucho tiempo, pero verla le trajo la memoria borrosa de un momento en el que todo el techo había estado cubierto de estrellas fosforescentes que la protegían durante la noche con su luz extraterrestre. La primera vez que estuvo consciente de su ausencia fue para María en 2017; esas noches más oscuras que la oscuridad la habían hecho anhelar alguna iluminación que no dependiera del gobierno, pero ya entonces era muy tarde. Solo quedaba la mancha. De hecho, en diciembre, alrededor de su quinceañero, habían estado hablando de remodelarle el cuarto: pintarlo y redecorarlo para que reflejara sus gustos cambiantes. Probablemente, la mancha hubiera quedado enterrada bajo una capa nueva de pintura si todo lo que había pasado ese año no hubiera pasado. Ya ni siquiera sabía si se iban a quedar en esa casa, o en Guánica, o en la Isla.

Estaba tratando de no pensar en todo eso cuando volvió aquella sensación con la que se había tenido que familiarizar ese año. Primero, el ruido: como truenos

gruñendo a la distancia, se expandió reverberante desde el Bosque Seco. Le siguió el brincoteo; el suelo pareció expandirse y contraerse un par de veces, el gran pulmón de un ser mitológico que respiraba agitadamente. Luego, el jamaqueón. La puerta, el clóset, el espejo, la ventana y las fotos que tenía sobre su gavetero cantaron “tacatacatatá” al unísono y al suelo le dio un ataque epiléptico.

Adrianis lo vivió sin gran perturbación. Había habido peores y no habían tumbado la casa, así que no temía que se le cayera el techo encima. Miró aborrecida la mancha de estrella y la grieta (pensó ver caer unas motitas de polvo de ella) mientras se meneaba todo y se levantó de la cama cuando hubo terminado.

Su familia estaba reunida en el patio cuando ella salió por la puerta de escrín.

—¡Ay, Adrianis! —dijo su madre cuando la vio llegar— ¿Tas bien?

La examinó con ojos sombreados por ojeras longevas.

—Sí, ma, no fue tan duro.

—¿Qué tú hacías adentro? —le preguntó cuando ya había pasado el susto inicial.

Adrianis hizo una mueca de hastío.

—¡Adrianis, por amor a Dios!

—Ay mami, no empieces.

—¿Que no empiece? ¡Je! ¡Tú escuchas a tu hija, Toti?

Su papá se vio incómodo con tener que opinar.

—Coño, Ángela —dijo con reticencia— ella estaba ahí tranquila...

—Ustedes están del carajo, ¿saben? —exclamó su mamá, frustrada— Nada, okay, quédense en esta casa. No se quejen cuando se les caiga encima como esa — señaló las ruinas de la casa de Millie, desparramada sobre una pared que había cedido— o esa —y apuntó cuesta abajo, donde las columnas de la casa de los Rosario se habían reventado, destruyendo la marquesina.

—Ta bien, ma, vivamos el resto de nuestras vidas en una caseta —le contestó su hija. No vio la expresión adolorida de su madre mientras se marchaba hacia la parte de atrás de la casa.

Se sentó en los escalones que conducían a la oficinita de su mamá y allí se dedicó a comerse las uñas con furia. Ya no sabía qué hacer. (Escupió una uña). Se sentía mal por causarle más malestar a su madre, pero la verdad era que esa mujer estaba desajustada. (Escupió una uña). Desde donde estaba, podía ver las dos opciones que tenían si se quedaban en Guánica, según su mamá: a su izquierda estaba la caseta de campaña donde los cuatro habían estado durmiendo esos últimos meses, y, más lejos hacia adelante y a la derecha, estaba la casa destruida de Millie. (Escupió una uña). Sin embargo, la pandemia les causaba reservas sobre irse a buscar casas en otros pueblos o en Estados Unidos, y tampoco tenían el dinero para otra propiedad, a juzgar por las conversaciones privadas entre Ángela y Toti que había escuchado. (Escupió una uña). Tampoco quería irse. Guánica, con sus cielos siempre azules, con su sol inclemente —que la estaba azotando mientras pensaba—, con su brisa salada, con sus plantas grácilmente secas... ¡lo extrañaría tanto! (Escupió una uña). Solo lo dejaría por ir a Yauco, donde vivían casi todas sus amigas, pero ahí no estarían a salvo; ahí temblaba igual.

Y si se quedaban, ¿qué harían? Vivían en un pueblo fantasma de ruinas y recuerdos. (Escupió una uña). No les quedaban vecinos y acampar en su propio patio había perdido la gracia hacía un mes y medio. Peor aún (escupió una uña), ya se aproximaba la temporada de huracanes. En Guánica no llovía, excepto catastróficamente. Los desastres eran inescapables.

Escupió una última uña y escuchó pasos pesados al doblar la esquina. Se apareció la figura amplia de su papá, quien ya tenía una cerveza en la mano.

—¿Todo bien? —le preguntó a ella.

—No —y se quedó pensativa por un momento—. ¿Qué vamos a hacer, papi?

No le miró la cara al preguntarle, pero sintió en su voz un optimismo fingido.

—¡Pues! No sé, mi amor, no sé. Vamos a ver.